

Don Quijote de la Mancha e Ignatius Reilly: dos locos cuerdos. Un encuentro entre Miguel de Cervantes y John Kennedy Toole

LAURA CARASEVICI

Universitatea „Alexandru Ioan Cuza”, Iași

El presente trabajo se propone un análisis comparativo de dos personajes pertenecientes a dos épocas literarias, socioculturales e históricas distintas: Don Quijote e Ignatius Reilly, siendo éste el protagonista de la novela *A Confederacy of Dunces / La conjura de los necios* escrita por el novelista estadounidense John Kennedy Toole. Más concretamente, se trata de una interpretación metafórica de la locura de los dos héroes desde la perspectiva de la recepción del texto por parte del lector, o sea, entendiendo tácitamente que el disfraz de vesánicos de don Quijote e Ignatius Reilly no es más que una forma de dar rienda suelta a su imaginación, de expresar su originalidad y creatividad y de patentizar el idealismo tan arraigado en su personalidad, el lector empatiza con los dos héroes y les concede la razón.

Palabras clave: Cervantes; Toole; análisis comparativo; locura; idealismo; empatía.

Cervantes tuvo la habilidad literaria de presentar como demente a uno de los personajes más cuerdos de la literatura de su época.

Arturo Andrés Roig (2007: 143)

Introducción

Los ojos de un lector están repletos de miradas pasadas en las cuales permanecen almacenadas las imágenes de todos los libros que ha leído. La lectura de un nuevo libro se hace a través de este mosaico en el que las telas son otros tantos recuerdos de personajes envueltos en su mundo interior y exterior, acciones, diálogos, ambientes a cual más pintoresco, ideas abstractas, ideales, actitudes, pensamientos, sentimientos, el tejido intersticial de esta miriada de retazos indelebles siendo el estilo de los autores cuyos libros anidan en la memoria del lector.

Asimismo, tal como destaca Juan Goytisolo, “Un texto no puede ser estudiado aisladamente —como si hubiera nacido de la nada o fuera un mero producto del mundo exterior—, sino en conexión y correspondencia con otros textos, con todo un sistema de valores y significaciones nuevos” (1976: 1-2).

Puesto que la lectura y el estudio de un texto no pueden escaparse a esta recepción sistémica a la que se refiere Juan Goytisolo, en el presente trabajo me propongo analizar comparativamente dos novelas —*Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes y *A Confederacy of Dunces* escrita por el novelista estadounidense John Kennedy Toole— desde la perspectiva de la locura de los dos protagonistas, Don Quijote e Ignatius Reilly, respectivamente.

Hay varios aspectos que han servido de acicate para la realización de este trabajo. Primero, la impresión personal de que hay puntos de encuentro entre don Quijote e Ignatius Reilly, el héroe

tragicómico de la obra de Toole. A esta impresión personal se le añade una serie de referencias a las dos obras, referencias a través de las cuales se ha intentado lanzar pistas de comparación entre los dos héroes. Así, por ejemplo, el escritor Walker Percy, en el prólogo a la novela *A Confederacy of Dunces*, presenta al protagonista Ignatius Reilly aludiendo a la figura de don Quijote:

Here at any rate is Ignatius Reilly, without progenitor in any literature I know of – slob extraordinary, a mad Oliver Hardy, a fat Don Quixote, a perverse Thomas Aquinas rolled into one – who is in violent revolt against the entire modern age. (...) His mother thinks he needs to go to work. He does, in a succession of jobs. Each job rapidly escalates into a lunatic adventure, a full-blown disaster; yet each has, like Don Quixote's, its own eerie logic. (2011: vi)

Otro incentivo para el presente trabajo ha sido la observación de H. Vernon Leighton que, en 2014, subraya lo siguiente: “No scholar has conducted a detailed examination comparing *Confederacy* to Cervantes’ *Don Quixote*” (16).

Este estudio no pretende ser una indagación pormenorizada de las dos obras, antes bien, se propone un cotejo de los dos héroes tomando en consideración la representación de la locura en las dos obras.

La presencia de locos en la literatura debe ser vista con cautela y sin intentarse hacer diagnósticos específicos que, además de no ser de incumbencia de los filólogos, pueden acabar por esquilmar la savia de los análisis literarios.

Amén de los naturalistas que tenían por meta la creación científicamente documentada de personajes psicopatológicos cuya despedazada arquitectura mental era destinada a dar testimonio de la zona oscura del ser humano, en el caso de otras corrientes literarias la locura debería ser interpretada metafóricamente.

Si *la locura real*, clínicamente comprobada, está relacionada con la realidad subjetiva del individuo, con traumas de su pasado o con factores congénitos, siendo de esta forma ciega a todo lo que ocurra en la realidad exterior, *la locura metafórica* está vinculada a la objetividad del mundo de la que procura hablar de una manera inusual justamente para captar su esencia más pura. Desde esta perspectiva, ser loco equivale a ser diferente, a romper con las pautas vigentes que establecen la normalidad mental; es más, ser loco equivale a luchar en contra de una realidad que aplasta la originalidad, la individualidad humana, la búsqueda de ideales, de valores perdidos, la necesidad de ensoñar, de creer en algo, de afirmar uno su unicidad y potencial creativo.

Esta locura a la que llamo metafórica se apodera del espíritu de don Quijote y de Ignatius Reilly, convirtiéndose en una especie de grito a través del cual los dos héroes intentan despertar el mundo de su ignorancia y de su normalidad.

Siendo así, en el presente trabajo me propongo analizar la dimensión metafórica de la locura de don Quijote y de Ignatius Reilly, procurando mostrar que este disfraz de vesánicos no es más que una forma de dar rienda suelta a su imaginación, de expresar su originalidad y creatividad y de patentizar el idealismo tan arraigado en su personalidad.

Don Quijote e Ignatius Reilly —dos locos cuerdos

En su artículo titulado “Aproximación psicopatológica a *El Quijote* (según la nosología psiquiátrica actual)” Rosana Corral Márquez y Rafael Tabarés Seisdedos subrayan lo siguiente:

Considerando el enfoque de la nosología psiquiátrica actual, don Quijote cumpliría criterios para un Trastorno Delirante y esto se argumenta en base a la génesis del delirio, la sintomatología y los rasgos formales del delirio. Asimismo, se propone el diagnóstico de Trastorno Psicótico Compartido para la pareja protagonista (don Quijote y Sancho). (2003: 27)

En verdad, don Quijote ha despertado el interés de innumerables médicos que coinciden en

considerarlo como un enfermo mental. Este tipo de estudios clínico-psiquiátricos, que se centran en el análisis de la etiología y sintomatología del trastorno mental de don Quijote, tienen un carácter científico frío que no casa muy bien con el valor literario de *El Quijote* y no logra captar la complejidad de la personalidad del héroe.

Los estudios filológicos no pueden beneficiarse mucho de tales enfoques clínico-psiquiátricos, por muy científicos que éstos se propongan ser. La terminología utilizada, las categorías diagnósticas puestas en marcha pueden resultar atrayentes para los filólogos, pero, de hecho, estos abordajes nosológicos reducen a don Quijote a un paciente enfermo y entonces lo que cuenta pasa a ser solamente su enfermedad que anula la relación de sentido metafórico existente entre la mente del personaje y el mundo exterior.

El caso es que la literatura explora justamente esta relación metafórica entre la realidad subjetiva de los personajes y la realidad objetiva del mundo exterior y, así las cosas, ¿por qué hubiera escrito Cervantes una novela que gire en torno a un loco alejado de la realidad? ¿Únicamente para divertir al lector con sus actitudes y comportamientos excéntricos o para hacer gala de los conocimientos médicos que tenía acerca de las enfermedades mentales? La misma pregunta va con John Kennedy Toole y su estrafalario personaje, Ignatius Reilly. Es poco probable que éste haya sido el objetivo de Cervantes y el de Toole. Más bien, la locura que los dos conciben y en la cual envuelven a sus héroes puede ser contemplada como un recurso técnico que vehicula los objetivos literarios de los autores.

Mi intención no es embarcar en una misión detectivesca con el fin de poner al descubierto muestras de cordura de don Quijote. Esto ya lo ha hecho extensivamente Gonzalo Torrente Ballester en su *El Quijote como juego* (1975), en lo que llama “estudio de las pruebas” (63), apoyándose a veces en argumentos creativos y sorprendentes, tal como en el caso de la aventura de los rebaños. Recordemos que, al tomar los rebaños por “dos ejércitos que venían a embestirse” (Cervantes, 2001: 188), don Quijote

se entró por medio del escuadrón de las ovejas y comenzó de alanceallas con tanto coraje y denuedo como si de veras alanceara a sus mortales enemigos. (...)

— ¿Adónde estás, soberbio Alifanfarón? Vente a mí, que un caballero solo soy, que desea, de solo a solo, probar tus fuerzas y quitarte la vida, en pena de la que das al valeroso Pentapolín Garamanta. (194)

Al comentar el desarrollo de esta aventura, Gonzalo Torrente Ballester observa lo siguiente:

El autor es un soldado profesional y sabe qué posición de la lanza se exige en cada situación. Don Quijote también. Si llama a Alifanfarón y alancea ovejas, es porque ve ovejas y no soldados. ¿Por qué lo hace así? Quizá porque necesite sangre en la punta de la lanza como prueba de que ha dado muerte a Alifanfarón, cuyo cadáver, por supuesto, le habrían escamoteado después los encantadores. (64)

Estas pruebas ofrecidas por Ballester y que realzan la cordura de don Quijote tienen el papel de iluminar el pensamiento de los que adhieran a la creencia de que don Quijote es un loco incurable. Mi intención no es defender a don Quijote, ni a Ignatius Reilly, de los que lo tachan de locos, más bien me propongo interpretar la metáfora de la locura de los dos héroes desde la perspectiva de la recepción del texto por parte del lector.

Es una cuestión que acerca las dos obras, es decir, nosotros, como lectores, no tendemos a tomar por locos ni a don Quijote, ni a Ignatius Reilly, a pesar de la desmesura de sus acciones. ¿De dónde esta disponibilidad del lector para ser indulgente con las excentricidades de los dos héroes? ¿Será que la risa que nos provoca acaba por obstruir nuestros pensamientos críticos con respecto a su salud mental? ¿O es porque tácitamente entendemos que su comportamiento está justificado por su deseo de aventura, por su imaginación desbordante y su fuerza creadora, por la búsqueda de ideales y valores perdidos en la cual se encuentran ambos protagonistas? Además,

la locura patológica no produce risa, sino pena, amargura, reticencia, aun recelo.

Lo que nosotros, como lectores, sentimos hacia don Quijote e Ignatius Reilly no es pena, ni recelo; nos reímos puesto que empatizamos con ellos y, por razones inconfesables, les concedemos la razón.

Así, le concedemos la razón a don Quijote cuando al iniciar su misión caballeresca la convierte en una especie de juego de niños que actualiza en el lector el mundo lúdico, las facultades creadoras, el deseo de evadir a espacios imaginarios, de ensoñar, de eludir el lindero entre la realidad y la fantasía.

En este juego, a don Quijote le hace falta un juguete importante, es decir, sus armas no tienen celada de encaje. Por lo tanto, se ve obligado a inventarla, a hacerla de cartones:

Limpíólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vio que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje, sino morrión simple; mas a esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada que, encajada con el morrión, hacían una apariencia de celada entera. (41)

Cuando don Quijote somete a prueba la resistencia de su celada, este comportamiento suyo constituye una medida tanto de la cordura del protagonista, como del enfoque infantil que caracteriza este nuevo estatuto de caballero andante, o sea, después de la primera verificación que demostró inequívocamente la fragilidad de la celada, don Quijote la construye de nuevo, lo que hace ostensible su cordura, pero después no vuelve a poner a prueba la celada. Quizá un loco habría persistido en estas experiencias, pero don Quijote, teniendo conciencia de otro fracaso inminente, da la celada por terminada, porque si no, su juego no podría empezar. Es lo que los niños hacen al considerar con desenvoltura objetos del mundo real juguetes necesarios para el desarrollo de sus juegos. Es una ley fundamental del mundo de la fantasía y nosotros, como lectores y todavía niños en nuestro fuero más profundo, la acatamos y entramos en el juego de don Quijote:

Es verdad que, para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dio dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la había hecho pedazos, y, por asegurarse deste peligro, la tornó a hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera, que él quedó satisfecho de su fortaleza y, sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje. (41)

La locura de don Quijote estriba en el hecho de que éste lleve su vida como si fuese una novela. El protagonista se identifica con los personajes fabulosos de las novelas de caballerías y procura imitarlos a rajatabla. A despecho de que el héroe agiganta este proceso de identificación e imitación, el lector no tiende a etiquetarlo de loco, puesto que entregarse de lleno a la ficción es una tendencia natural de los que acreditan que el leer representa una fracción importante del sentido de la vida y éstos son justamente los que saben cómo leer el *Quijote*.

En cuanto a Ignatius Reilly, su locura no engloba el elemento mimético quijotesco. En su intento de denunciar las lacras de la sociedad en la que vive, la superficialidad, la hipocresía, el mal gusto, la tendencia hacia el ahogo de la originalidad y creatividad, el protagonista ya no consigue distinguir entre las situaciones anodinas desde este punto de vista y las realmente reprobables. Por consiguiente, sus arrebatos de ira carecen de una justificación plausible, pero el lector tiene plena conciencia de que las ideas que animan al héroe son loables, tal como lo son, por ejemplo, las ideas de justicia y de libertad de don Quijote en la aventura de los galeotes, y entonces le concede la razón.

Sin ir más lejos, recordemos el episodio cuando, al leer en un periódico que una asociación de señoras iba a exhibir sus lienzos en la calle, Ignatius Reilly ya se imagina el mal gusto de las muestras expuestas y, cuando da con las protagonistas de la exposición, se lanza en vituperios descomunales. Este episodio es merecedor de una citación completa para que se logre captar, en todo su sabor, su matiz punzante y cómico:

Ignatius lumbered over to the picket fence (...) and viewed the oil paintings and pastels and watercolors strung there. Although the style of each varied in crudity, the subjects of the paintings were relatively similar: camellias floating in bowls of water, azaleas tortured into ambitious flower arrangements, magnolias that looked like white windmills. (...)

“Oh, my God!” Ignatius bellowed after he had promenaded up and down along the fence. “How dare you present such abortions to the public?”

“Please move along, sir,” a bold lady said.

“Magnolias don’t look like that,” Ignatius said, thrusting his cutlass at the offending pastel magnolia. “You ladies need a course in botany. And perhaps geometry, too.”

“You don’t *have* to look at our work,” an offended voice said from the group, the voice of the lady who had drawn the magnolia in question.

“Yes, I do!” Ignatius screamed. “You ladies need a critic with some taste and decency. Good heavens! Which one of you did this camellia? Speak up. The water in this bowl looks like motor oil.”

“Let us alone,” a shrill voice said.

“You women had better stop giving teas and brunches and settle down to the business of learning how to draw,” Ignatius thundered. “First, you must learn how to handle a brush. I would suggest that you all get together and paint someone’s house for a start.”

“Go away.”

“Had you ‘artists’ had a part in the decoration of the Sistine Chapel, it would have ended up looking like a particularly vulgar train terminal,” Ignatius snorted. (...)

“He’s mad.” (Toole, 2011: 246-247)

Sí, a los ojos de los demás, Ignatius Reilly está loco, ya que sus reacciones no encajan con las situaciones concretas en las que se encuentra, pero las ideas que le infunden ánimo hacen que el lector empatice con él; respecto del episodio de los lienzos, hay, de hecho, muchos pseudoartistas con una intuición artística discutible, pero que pretenden haber descubierto el misterio de la creación. La indignación de Ignatius Reilly va, en realidad, contra esa categoría de individuos, no contra las señoras artistas de la calle. Ellas son solamente un pretexto para que el héroe pueda satisfacer las necesidades de su espíritu crítico y combativo. El lector lo sabe y le da la razón.

De los episodios presentados se puede deducir que la locura, el idealismo de los héroes nos tocan en lo más vivo de tal manera que reprobamos el gesto del cura cuando, con la ayuda de don Fernando, de los criados de don Luis y del ventero, enjaula a don Quijote en el carro de los bueyes. Asimismo, reprobamos el gesto de la madre de Ignatius cuando ésta llama al sector psiquiátrico del Hospital de Caridad para que se lleven a Ignatius.

Esta empatía que sentimos hacia don Quijote e Ignatius Reilly parece demostrar el hecho de que todos nosotros llevamos dentro una semilla quijotesca y *reillyesca* que abonamos, cada uno a su manera, para luchar contra los desengaños de la realidad en que vivimos y para perseguir nuestros sueños.

BIBLIOGRAFÍA:

CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de (2001). *Don Quijote de la Mancha*. Edición de Francisco Rico. Barcelona: Crítica.

CORRAL MÁRQUEZ, Rosana & TABARÉS SEISDEDOS, Rafael (2003). Aproximación psicopatológica a *El Quijote* (según la nosología psiquiátrica actual). *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 85, 27-57.

GOYTISOLO, Juan (1976). Lectura cervantina de *Tres Tristes Tigres*. *Revista Iberoamericana*, 94, 1-18.

LEIGHTON, H. Vernon (2014). Evidence of Influences on John Kennedy Toole’s *A Con-*

federacy of Dunces, Including Geoffrey Chaucer. Disponible a: http://course1.winona.edu/~vleighton/toole/Leighton_Toole_Chaucer.pdf, pp. 1-46 [Última consulta: 01/12/2016].

PERCY, Walker (2011). Foreword. In J. K. TOOLE, *A Confederacy of Dunces* (pp. v-vii). London: Penguin Books.

ROIG, Arturo Andrés (2007). Cabalgando con Rocinante. Una lectura del Quijote desde nuestra América. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 38, 143-150.

TOOLE, John Kennedy (2011). *A Confederacy of Dunces*. London: Penguin Books.

TORRENTE BALLESTER, Gonzalo (1975). *El Quijote como juego*. Madrid: Ediciones Guadarrama.